

ENSAYO SOBRE LA ESTRUCTURA DEL INDOEUROPEO PREFLEXIONAL

I

En una serie de estudios, míos o de discípulos míos, unos ya publicados, otros en curso de publicación o de elaboración, se presentan propuestas concretas para explicar el origen de la flexión nominal y verbal indoeuropea a partir de un estadio anterior no flexivo. En realidad, la idea de que toda la flexión indoeuropea representa una innovación y de que en fecha anterior existió un estadio no flexivo, no tiene novedad alguna. Los temas puros, con desinencia \emptyset tales una serie de Nominativos, Vocativos, Locativos, Imperativos, etc., englobados dentro de flexiones cuyos otros términos son caracterizados por desinencias, son evidentemente un resto de aquella época y esto es algo que a nadie ha escapado. Que el primer término, también un tema puro, de los compuestos nominales guarda la antigua capacidad de un tema puro de entrar en relaciones diversas sin necesidad de desinencias, es otro dato generalmente conocido. Están luego las palabras que han seguido sin aceptar una flexión: los numerales de uso más frecuente, las partículas y adverbios. En la flexión de los pronombres hay evidentes temas puros que sólo secundariamente han sido convertidos en expresión de tal caso y número. Y la existencia de antiguas palabras-raíces, el hecho de que antiguamente una raíz era al tiempo una palabra, sin necesidad de alargarse con sufijos y menos con desinencias, es también algo reconocido desde antiguo.

La tarea que quedaba por realizar era, evidentemente, pasar de una teoría general un tanto vaga, apoyada en unos cuantos ejemplos sueltos, a un estudio sistemático que precisara en detalle el origen

de las distintas flexiones a partir de estadios preflexivos. Para ello había que apoyarse, naturalmente, en huellas de esos estadios, tales como las indicadas arriba y otras más. Pero era imposible avanzar decididamente en el sentido de la investigación propuesta si no se cumplían previamente tres requisitos, que sólo ahora se daban:

a) Un reconocimiento del arcaísmo del grupo Anatolio, muy concretamente del Hetita, dentro del Indoeuropeo. El hecho de haber sido descifrado el hetita con posterioridad a los grandes Manuales de Brugmann y Hirt, esto es, a las reconstrucciones clásicas del Indoeuropeo, ha hecho que todo aquello que en el Anatolio no encaja con la reconstrucción brugmanniana haya sido mirado con sospecha y se haya tendido a explicarlo como innovación, distorsionando los hechos. Y, sin embargo, en el Anatolio encontramos cosas que sobre la base de las demás lenguas era forzoso reconstruir para el Indoeuropeo más arcaico: la falta de oposición de los géneros masculino y femenino, la falta de oposiciones de temas dentro de un mismo verbo, etcétera, por no hablar de rasgos fonéticos como la conservación parcial de las laringales, que confirma asombrosamente la reconstrucción por Saussure de estos fonemas desde 1879.

b) Una atención a estadios fonéticos anteriores al del Indoeuropeo de la reconstrucción tradicional, basada principalmente en el Griego y el Sánscrito. Muy concretamente, sólo una teoría sólida sobre las laringales indoeuropeas podía dar la base fonética suficiente para comprender el origen de determinados sufijos y desinencias.

c) Un nuevo método de reconstrucción morfo-sintáctica, de base estructural. Pues el gran problema de la reconstrucción de una lengua flexiva que nace de una no flexiva es que esa flexión está al servicio de la expresión de categorías y funciones que no existían en la etapa no flexiva. Por tanto, los significantes de esas categorías y funciones no podían tener en aquella fecha esos significados. Y, sin embargo, la reconstrucción tradicional no hace más que proyectar al pasado las categorías y funciones de las lenguas históricas, expresadas por unos u otros de los significantes que en ellas tienen. No reconstruye nada, en definitiva, que no esté dentro de las líneas generales del nuevo sistema. Es preciso un método que haga ver cómo ciertos elementos fonéticos pueden morfologizarse para expresar nuevas categorías o funciones; cómo ciertos morfemas de un sistema dado

pueden pasar a significar cosas absolutamente diferentes, nuevas además, en otro. Sólo el enfoque estructural, de un estructuralismo que abrace sincronía y diacronía, puede salvar esta aporía.

Éstas son precisamente las tres aportaciones de los trabajos arriba aludidos y sobre ellas está basado el intento de reconstruir las diversas etapas del sistema flexional indoeuropeo, con sus diferencias dialectales. Para el verbo está mi libro *Evolución y estructura del verbo indoeuropeo*¹, apoyado en mis estudios anteriores sobre sonantes y laringales, estudios que he recogido luego, junto con algunos posteriores, en *Estudios sobre las sonantes y laringales indoeuropeas*²; apoyado también o completado luego por diversos estudios teóricos sobre la reconstrucción que han sido recogidos en *Estudios de Lingüística General*³. También hay alguna publicación posterior sobre detalles concretos de la creación de la flexión verbal⁴. Sobre el nombre hay, sobre todo, la tesis doctoral de D. Francisco Villar, en curso de publicación, *Origen de la flexión nominal indoeuropea*; sobre el pronombre, otra tesis, ésta aún no completada, de D.ª Julia Mendoza. Otra nueva profundización en detalles concretos de la evolución de las laringales, con atención preferente al hetita, es la tesis de D. Alberto Bernabé sobre este tema, también en curso de redacción, que da nuevas seguridades para resolver determinados problemas morfológicos. Hay todavía otros trabajos más relacionados con estos, o realizados o en curso de realización. Y he de citar finalmente la síntesis de todo ello, con modificaciones y aportaciones nuevas hasta convertirlo en un sistema todo lo coherente que puede esperarse de esta fase de los estudios, en una *Lingüística Indoeuropea* que estoy redactando y espero no tardar mucho tiempo en completar. El presente artículo es en cierta medida un anticipo de algunas de las cosas de este libro. Es inútil señalar, de otra parte, lo que todos estos trabajos deben a estudiosos como Meillet, Hirt, Specht, Benveniste, Pedersen, Petersen, Kuryłowicz, Anttila, Schmitt-Brandt

¹ Madrid, 1963.

² Madrid, 1972.

³ Barcelona, 1969.

⁴ «On indoeuropean sigmatic verbal stems», *Archivum Linguisticum*, 2 (n. s.), 1971, págs. 95-116; «Hethitische Endungen und indogermanisches Verb», *Folia Linguistica*, en prensa.

y otros: constituyen, por supuesto, su punto de partida y de ellos provienen muchas de las soluciones aceptadas. Imposible hacer aquí el balance de la procedencia de cada solución o discutir las mismas en detalle.

Es difícil dar rápidamente un resumen de los resultados de estos libros y trabajos; por otra parte, no es esta la finalidad del presente artículo. A más de sentar unas bases fonéticas y un fundamento teórico general, en ellos se estudia para el verbo la creación, primero, de variantes de una misma raíz provistas de alargamientos; luego, la de las desinencias, que añadidas a cualquiera de estas raíces o variantes de raíces dan expresión a tres personas, dos números, dos tiempos (presente y pretérito), dos voces (activa y media); después se explica la creación de un «segundo nivel» en que dos o más de estos temas se unifican en un mismo verbo, repartiéndose la expresión de sus categorías o funciones y siendo acabados de precisar por las desinencias; y, finalmente, la de un «tercer nivel», en que dentro de un tema verbal hay dos subordinados: por ej., hay un tema de optativo y otro de subjuntivo dentro del de aoristo. Para el nombre, se parte igualmente de raíces o raíces ampliadas y se persigue la formalización de las relaciones nombre-nombre (creación del Genitivo y el adjetivo) y nombre-verbo (creación del Nominativo y Acusativo), así como la entrada gradual de las raíces o temas puros restantes en el sistema casual; se estudia igualmente el origen de la oposición genérica animado/inanimado, por conversión de dos subclases de palabras en dos términos de una categoría sintáctica, así como la consecución del «segundo nivel» (oposición de dos temas, de masculino y femenino, en el adjetivo) y aun de un tercero (en la comparación). El caso del pronombre es, finalmente, el de una morfologización sobre la base de antiguas formas no flexionadas principalmente deícticas: se crea una declinación, ya de tipo nominal, ya adjetival, con recursos en parte independientes, en parte imitados del nombre y adjetivo. Y ello con varias etapas y con diferencias dialectales.

Todo el sistema, sólo aludido aquí muy por encima, deberá justificarse, tanto él como sus presupuestos fonéticos y teóricos generales, por su coherencia interna, por su valor heurístico y explicativo: no por su fidelidad o falta de fidelidad a reconstrucciones anteriores, hechas a veces sobre materiales o teorías que quedan rebasados.

Por otra parte, insistimos, lo único que se intenta es llevar a su conclusión un proyecto hace tiempo existente, dado que hace mucho se conocía que la etapa flexiva del Indoeuropeo había sido precedida por una no flexiva. Lo que queremos hacer en el presente artículo es simplemente salir al paso a una objeción que a veces se hace a toda reconstrucción que presupone una amplia reestructuración de un sistema: la de que niega el sistema anterior a aquel que reconstruye, la de que hace preceder la etapa reconstruida de un período de caos primigenio incompatible con toda nuestra experiencia lingüística y del cual las diversas lenguas habrían sacado a capricho los materiales de que están formadas. Es una objeción injustificada, pero interesante porque da el estímulo para que intentemos hacernos una idea de esa etapa antigua, que no era, ciertamente, la finalidad de nuestra reconstrucción, pero cuyo interés es innecesario encarecer.

Decimos que es una objeción injustificada porque nadie puede negar, efectivamente, que cualquier lengua, «primitiva» o no, es un sistema de signos perfectamente organizado y jerarquizado; de signos cuyos rasgos distintivos, ciertamente, pueden haber perdido relevancia en el período posterior, mientras que los rasgos relevantes de éste no tenían todavía valor diferencial. De aquí nace la impresión de caos: pura impresión que desaparece a la más mínima reflexión. El que una etapa A carezca de las categorías de la etapa siguiente B o en ella sean homónimos elementos morfológicos que en B sirven de marca a los diferentes términos de las nuevas oposiciones creadas, no quiere decir, por supuesto, que en A no haya un sistema lingüístico.

Ahora bien, es cierto que la dinámica de la investigación de esa etapa que estamos llamando B hace que proyectemos sobre ella todo el foco de la atención, toda la luz, y desatendamos provisionalmente, en cierto modo, el sistema de A. Sencillamente, cuando reconstruimos B nuestro problema está en B. Sobre la base de determinadas irregularidades en la forma o el contenido de sus categorías y funciones, tratamos de sentar hipótesis que expliquen cómo tal o tal marca de las mismas sólo secundariamente se ha puesto a su servicio a través de fenómenos de infección, atracción, polarización o re-clasificación diversos. Sentamos entonces, por ejemplo, que las marcas o significantes *x* e *y*, que se oponen en B para significar X e Y

respectivamente, en A existían, pero no significaban X e Y todavía (o sólo lo hacían en ciertas circunstancias distribucionales u opositivas). En cierto modo, x e y no se diferenciaban entre sí: esto da la impresión del caos, de la lengua en que «todo sirve para todo». Pero es posible que x e y se diferenciaran al servicio de otros significados o que lo hicieran algunos de los alomorfos englobados luego en x o en y : solamente, esto cae fuera de la investigación presente, es una segunda —y difícil— fase de la investigación. Y tampoco puede excluirse que x e y fueran exactamente alomorfos y no se opusieran dentro de ningún sistema parcial de A, de entre los que indudablemente existían; tal vez alomorfos poco frecuentes que no se expandieron hasta que se morfologizaron; tal vez, y esto a veces puede estrictamente demostrarse, variantes de origen fonético que se morfologizaron luego.

Ahora bien, a partir de un cierto momento, cuando el reconstructor tiene una idea suficiente sobre cómo se han creado las categorías y funciones de la lengua reconstruida —nuestra lengua B—, surge en él la curiosidad sobre el sistema de la A, acerca del cual ha recogido, en el curso de su trabajo, una serie de datos que ahora intenta organizar. Tal vez las nuevas categorías y funciones, a veces en circunstancias morfológicas o sintácticas precisas, guardan la huella de un sentido antiguo de las mismas; o los usos neutralizados guardan huellas de una proveniencia de cierta área de categorías y funciones. Después de todo, en el viejo sistema ha debido de haber unidades significativas: clases de palabras, tipos de relación entre las mismas, etcétera. Y hay probabilidades de que éstas en alguna medida hayan pervivido o de que hayan pervivido al menos, tal vez con otro significado, las marcas antiguas de las mismas.

Para referirnos al Indoeuropeo preflexional, es claro que hay que buscar los restos de los significantes de su sistema gramatical dentro de los morfemas no flexionales del Indoeuropeo flexional. Pueden, ciertamente, haber cambiado de función en ocasiones: pero el hecho mismo de que existan y de que dentro del Indoeuropeo que conocemos más de cerca hayan sido desplazados progresivamente por las marcas flexionales, habla en favor de su antigüedad. Por otra parte, los diferentes tipos de morfemas lexicales o lexemas, es decir, de raíz

ces, deben tener alguna explicación que remonte a fecha anterior a la introducción de la flexión, y más si esta flexión trabaja con elementos diferentes en unos y otros.

II

En suma, podemos empezar a trabajar sobre el Indoeuropeo preflexional contando con los siguientes elementos formales:

a) La existencia de un tipo de raíces que llamamos nominal-verbal, del que luego salieron nombres (y adjetivos) y verbos, y otro que llamamos pronominal-adverbial, del que luego salieron pronombres, adverbios y partículas (posteriormente, preposiciones, preverbios y conjunciones).

b) La existencia de unos determinados recursos para alargar el primer tipo y de otros diferentes para alargar el segundo. Estos recursos fueron la base para la creación, por morfologizaciones sucesivas, de los sufijos y los elementos propiamente flexionales (desinencias) del Indoeuropeo posterior: de la etapa que llamamos Protoindoeuropeo, y luego, mediante desarrollos en parte diferentes, del Anatolio y el Indoeuropeo propio.

c) La existencia del recurso de relacionar palabras haciéndolas seguirse en un determinado orden, lo que han heredado ciertos compuestos nominales, los grupos de adverbio (preverbio) y verbo, etc.

d) La existencia de subclases de palabras, caracterizadas por su presencia o ausencia en determinadas construcciones.

e) La existencia arcaica, aunque la utilización posterior está al servicio muchas veces de las nuevas categorías y funciones, de la alternancia vocálica *e/o/ø*, presente en Anatolio e Indoeuropeo. Es claro que su valor de marca de distinción lexical y morfológica es más antiguo que el uso de elementos flexionales; puede testimoniar a veces que dichas distinciones eran ya propias del Protoindoeuropeo.

f) Lo mismo puede decirse del valor lexical y morfológico del acento libre Indoeuropeo, que hemos de proyectar al Protoindoeuropeo, aunque carezcamos de datos relativos al hetita. Puede haberse puesto al servicio de nuevas categorías y funciones, ciertamente, pero

algunas de las distinciones que marca (en unión redundante, a veces, con la flexión) pueden ser antiguas.

g) También son, sin duda, antiguos hechos oracionales como la existencia de la oración verbal y la nominal (sin verbo); la de oraciones interrogativas y exclamativas, caracterizadas por la entonación y el orden de palabras; sin duda, la de oraciones con valor impresivo (luego con imperativo, subjuntivo u optativo).

El problema consiste, pues, en establecer cuál era el uso antiguo de estos elementos formales, que a veces se utilizaban conjuntamente: los nombres compuestos del Indoeuropeo posterior nos testimonian el uso conjunto del orden de palabras y del carácter tónico o átono de las mismas para marcar relaciones entre ambos nombres; los pronombres personales tienen rasgos propios de acentuación y derivación; acentuación y alternancia vocálica están en una relación estrecha, aunque no necesariamente concordante. Pero a ese establecimiento se llega investigando qué es lo que hay de innovado en el uso de estos elementos, para tratar de sentar qué es lo que hay de antiguo.

Por otra parte, hay consideraciones generales que deben tenerse en cuenta. Por ejemplo, las relativas a las clases de palabras y a las relaciones entre las mismas; e incluso las relativas a algunas subclases. Si ya el Protoindoeuropeo formaliza la relación nombre/verbo e incluso crea una flexión de los mismos, es claro que todavía son frecuentes los verbos y nombres cuyo tema coincide absolutamente desde el punto de vista de la sufijación y flexión, pero presenta diferencias desde alguno de los mencionados arriba y que hemos estimado arcaicos. Surge entonces la hipótesis de que el nombre y el verbo se diferenciaban ya, al menos ocasionalmente, de alguna de las maneras citadas, y lo mismo el nombre y el adjetivo. Pero las coincidencias de adjetivo y Genitivo ponen sobre otra pista: la de la existencia de una relación anterior determinante-determinado (dentro del nombre), poseyendo el determinante ciertas características. Análogas consideraciones pueden hacerse para establecer formalmente las relaciones entre el verbo y sus actantes. Se trata, en suma, de reconstruir las clases de palabras marcadas formalmente, así como las relaciones entre esas clases y sus marcas formales; incluso en las subclases se puede penetrar en alguna ocasión, por ejemplo, sabemos

que hay ciertos nombres incapaces de funcionar como sujetos del verbo. Y podemos llegar igualmente a proponer la existencia de los tipos principales de oración de que hemos hablado.

III

Sobre la base de las anteriores consideraciones vamos a avanzar una descripción del Indoeuropeo preflexional a manera de ensayo; teniendo en cuenta, por supuesto, que dentro del Indoeuropeo preflexional hay que admitir la existencia de diversas etapas, igual que dentro del flexional. Nosotros nos referimos a aquella, más antigua, en que las raíces funcionan como palabras independientes, monosilábicas, aunque algunas estén alargadas a partir de otras más antiguas sin alargar; no hay en ella todavía palabras sufijadas o con vocal temática del tipo **pHter* 'padre' o **pedom* 'suelo'.

El mecanismo gramatical del Indoeuropeo en esta época hemos de suponerlo pivotando en torno a la existencia de dos clases de palabras, que tienden luego a subdividirse. Veámoslas, así como sus subdivisiones sucesivas; después estudiaremos los recursos formales con cuya ayuda se establece la relación entre las mismas. Empezamos por la clase nominal-verbal.

Es bien sabido que las raíces de nombres y verbos son las mismas y que los principios mediante los cuales nombres y verbos se derivan son esencialmente los mismos, también: a la raíz se puede añadir un sufijo, que puede también añadir desinencias; se puede igualmente hallar dentro de los paradigmas temas con desinencia \emptyset , resto de la fase preflexional; en vez del tema constituido por Raíz + Sufijo o Sufijos, los hay con Raíz pura. Por lo tanto, contando con Desinencia \emptyset y Sufijo \emptyset hallamos todavía restos, en las lenguas históricas, de raíces puras que son palabras igual que todas las demás y origen de todas ellas.

Estas palabras-raíces, del tipo de **ped* 'el pie', **sū* 'la cerda', **bhor* 'el ladrón', **dō* 'dar', etc. (presentándolas en la forma que adquirieron en la época postlaringal) nos ofrecen todavía la imagen de lo que era el Indoeuropeo preflexional: una lengua monosilábica en la que raíz, nombre (y adjetivo) y verbo coincidían formalmente,

La diferencia de nombre y verbo era funcional, no formal; la raíz era una abstracción que los abarcaba a ambos. Cuando estas palabras-raíces se ampliaron, a veces, en fecha posterior para dar otras nuevas, con lo que en ocasiones las primeras desaparecieron como palabras y sólo siguieron viviendo en cuanto abstracciones, elemento común de una serie de derivados, lo hicieron, decimos, mediante Sufijo(s) o Desinencia(s), o ambas cosas a la vez. Las desinencias tienen valor gramatical: difieren del nombre al verbo en significado, pues sólo hay entre uno y otro una categoría común, la del número, que contrae alianza con el caso para el nombre, con la persona para el verbo; en cuanto a la forma, existen ciertas coincidencias (el uso de *-m* y *-s* sobre todo), ciertas diferencias también (*-t*, *-nt*, *-r* se especializan en el verbo, *-d* en el nombre). Los sufijos tienen a veces, en Indoeuropeo flexional, un valor gramatical, pero otras son lexicales (**ped* 'pie', **pedom* 'llanura') o simplemente no añaden diferencia de sentido (cf. ai. *rāj-* 'rey' junto a *rājan-*). Hay toda clase de transiciones entre los sufijos y los llamados alargamientos de las raíces: hemos hecho ver cómo, por ejemplo, una *-s* añadida a una raíz a veces no tiene valor distintivo ninguno (hay **aug-*, cf. lat. *augeo*, gót. *aukan*/**aug-s-*, cf. gr. $\alpha\upsilon\gamma\omega$), mientras que otras se gramaticaliza variamente: en el verbo para indicar desiderativo, aoristo, subjuntivo; en el nombre para indicar Nom. de sg. y pl., Gen. sg.

El hecho de que los elementos que especializan la raíz en sentidos lexicales y gramaticales sigan a ésta, no la precedan; de que en el principio no tengan valor significativo especial, pues coinciden formalmente con alargamientos no significativos y alternan con formas con \emptyset ; de que no tengan existencia autónoma, mientras sí la tiene la raíz, prueba que son segregados de la raíz. Más exactamente, de los alargamientos de la raíz. El problema es el de si estos alargamientos, que desde el punto de vista del Indoeuropeo flexional son indiferentes al sentido, han podido tener, en conjunto o el uno o el otro o en casos especiales, sentidos propios, evidentemente sobre rasgos distintivos no relevantes para los sistemas posteriores. En parte al menos, pensamos que ello es así. Pero veamos cuál es la estructura de la raíz indoeuropea nominal-verbal y cuál es el origen de sus alargamientos.

La raíz indoeuropea (que es tanto como decir la palabra) nomi-

nal-verbal es, repetimos, monosilábica. Puede pertenecer a los siguientes tipos: en los esquemas V es vocal, C es consonante o sonante inicial o final, S es sonante intermedia entre C y V, K consonante propiamente dicha; cuando hay precisión de distinguir dentro de las sonantes, H simboliza las laringales, I la *i* y *u*, R la *r*, *l*, *m*, *n*. Una letra entre paréntesis indica un fonema que puede presentarse o no.

Distinguiamos tres tipos fundamentales:

1. (C)-V-C, advirtiendo que no hay (C)-V-I
2. C-S-V-C
3. (C)-V-S-C, donde la C final se resuelve como K, I o H.

El tipo 1 es el de **teg* 'cubrir', **dheHⁱ₁* 'mamar' (de donde **dhē* y **dhei*), **ter* 'temblar', etc. Hay determinadas restricciones: no puede haber comienzo y final por sonora sin aspirar (**deg*) o por sonora aspirada y sorda o al revés (**bheut* y **teubh*), salvo si hay *s-* inicial flotante (**steigh*); pero la fundamental es la aludida arriba: salvo **ei* 'ir' no existe ejemplo de (C)-V-I, siempre hay a continuación bien K (**leik^u* 'dejar'), bien H (**g^ueiH^u₃* 'vivir'). Estas son las raíces disilábicas, que en realidad no son tales: junto a **g^ueiH^u₃*, tipo 3, hay una variante **g^uieH^u₃*, tipo 2, ambas monosilábicas; la forma disilábica **g^ueieH^u₃* no es admisible para época antigua.

Los tipos en laringal que acabamos de mencionar no son los únicos de 2 y 3. El 2 puede terminar también en C (**prek* 'pedir'), el 3 termina a más de en IH en RH, y por supuesto en SK (**perk*, variante de la arriba citada **prek*).

De todo esto sacamos una serie de consecuencias claras:

a) Siempre que aparece un grupo final K-S (sea I, R o H) se trata de un alargamiento: así en **petH₁* 'volar', en **aug_s* 'aumentar', etcétera; con frecuencia se encuentra todavía la forma sin alargar, así **pet*, **aug* (de **Heug*). Junto a estos alargamientos hay la forma 2, no la 3 (**prek-s*, no **perk-s*).

b) La tentación, que surge inmediatamente, de derivar todas las formas 2 y 3 a partir de 1, debe ser rechazada. Esa es precisamente la hipótesis de Benveniste⁵ según la cual la diferencia entre 1 y los

⁵ En sus *Origines de la formation des noms en indo-européen*, París, 1935. Cf. la crítica de R. Schmitt-Brandt, *Die Entwicklung des idg. Volkalsystems*, Heidelberg, 1967, pág. 8 sigs.

otros dos tipos se explica por alargamientos: de **ter* 'temblar' salen tanto **trem*, **tres*, etc., como **ters*, etc. Esto es sin duda cierto para algunas raíces y hemos de volver sobre ello; pero no para todas. En efecto:

α) Hay raíces que conocemos en la forma 2 ó 3 pero no en la 1: **brendh* 'atar', **denk* 'morder', **dreH₂* 'trabajar', etc.

β) Hay raíces que conocemos en la forma 3 pero no en la 2, o al revés: no hay, por ej., **liek^u* frente a **leik^u*.

γ) Si no admitimos la existencia antigua de raíces en -S-C, nos quedamos sin modelo para explicar el origen de los alargamientos posteriores.

c) De todas maneras, parece claro que incluso en la antigua capa de palabras-raíces indoeuropeas que estamos estudiando existe un buen número de alargamientos. El que no haya (C)-V-I, sino sólo (C)-V-I-C (siendo la -C bien H, bien K) habla a favor de que se trata de alargamientos, sin duda sobre la base de las raíces (C)-V-C en que -C es igualmente H o K. La frecuencia en los tipos 2 y 3 de raíces en I, R—K, H, mientras faltan I, R—I, R, habla en el mismo sentido. Con frecuencia en estas raíces hallamos la forma de tipo 1 (sin I ni H) todavía subsistente.

El hecho mismo de la existencia para algunas raíces de variantes 1, 2 y 3 requiere alguna explicación. Nótese que todas son monosilábicas, que todas siguen las restricciones de 1 respecto a la distribución de fonemas; restricciones que no siguen los alargamientos posteriores, con frecuencia ya morfologizados, que pueden ser consonantes añadidas a consonantes, sonantes añadidas a consonantes o romper las reglas que impiden que una raíz empiece o termine por oclusiva sonora sin aspirar, etc.

Es lo más verosímil que los tres tipos existieran desde el origen o que al menos hubiera el primero y uno segundo con distribución flotante de la vocal antes o después de la *sonante*; pero que el primero haya adquirido la restricción que impide (C)-V-I añadiendo secundariamente K o H; y que K y H se hayan añadido secundariamente también, con frecuencia, al tipo 1 sobre el modelo de 3 y del propio 1. Tenemos:

(C)-V-I → (C)-V-I-K o H sobre el tipo (C)-V-I-K o H

Pero a su vez

(C)-V-R → (C)-V-R-K o H sobre (C)-V-K o H y (C)-V-R-K o H,

tipo que a su vez aumenta su frecuencia por nuevos hechos analógicos. Sólo que el primer desarrollo no deja apenas restos (C)-V-I, el segundo deja muchos (C)-V-R.

El desarrollo de la primera capa de alargamientos debe ser concebido en forma idéntica al de la segunda y al de tantos sufijos de lenguas posteriores, de las lenguas indoeuropeas antiguas o recientes. Se trata de procesos analógicos, en que una raíz se ve influida por otra de sentido más o menos afín. Se puede proponer, por ejemplo, que **stei-g* 'pinchar' y **stei-gh* 'marchar' hayan tomado su alargamiento gutural de **steg* 'palo, pincho' y **stegh* 'meterse', respectivamente; **plek* 'plegar' viene de **pel*, raíz bien testimoniada, y puede haber tomado *-ek* de **pek* 'peinar, esquilar'; la variante **bhr-eg* de **bher* 'romper' puede deberse al modelo de **bheg* 'romper'; etc.

El valor de los alargamientos ha debido de ser en el origen lexical: no hay formalización de clases o subclases de palabras o de categorías cualesquiera por vía flexional en esta fase, por definición. Estos inicios de flexión empiezan con el léxico: luego van a ser el modelo, ciertamente, para la creación de toda la sufijación y todas las desinencias. Por tanto, cuando desde el punto de vista del Indoeuropeo posterior decimos que estos alargamientos carecen de significado específico, es verdad. Las diferencias de valor lexical que puede haber aquí o allá son parciales y vacilantes, no sistemáticas al nivel de la gramática; se morfologizaron luego de maneras muy diferentes por la generalización de ciertos tipos formales y su oposición a otros en determinadas distribuciones que les conferían un sentido especial. En realidad, ya los desarrollos del Indoeuropeo más antiguo prejuzgan los del posterior: el gran uso de H y R como elementos finales, el ninguno de I, el variable de K según las consonantes, prejuzga la desigual utilización de estos fonemas como morfemas en la etapa posterior.

Pero ahora estamos hablando del Indoeuropeo preflexional y queremos insistir y resumir lo dicho hasta ahora. Existía una subclase

de palabras que era utilizada en función ya de nombre, ya de adjetivo, ya de verbo: trataremos de ver cómo se formalizaba, por vía no flexional, esta distinción. Estas palabras —en general reducidas luego a meras raíces— eran monosilábicas: entre dos consonantes o sonantes extremas, pudiendo faltar la primera, llevaban una vocal o un grupo sonante + vocal o vocal + sonante. Algunas son de la mayor antigüedad, otros tipos han sido rehechos por analogía interna de unos sobre otros. En todo caso, no se ve diferencia que podamos llamar morfológica en función del final de las palabras: hay sinonimia o, cuando más, diferencia lexical (que puede variar dialectalmente). En cuanto a los tipos 2 y 3, tal vez su diferencia se deba a que el 2 proceda de una metátesis del 3 ante alargamiento consonántico (**perk-s* > **prek-s*, hay ejemplos de esta segunda distribución ante consonante, yendo **perk* ante vocal). Pero también hay otra hipótesis a hacer: la diferencia entre 2 y 3 tiene relación con la función de la palabra en la frase. Sobre esto volveremos.

Si llamamos a 1 tipo P (grado pleno), a 2 \emptyset /P y a 3 P/ \emptyset , es claro que no deben atribuirse al Indoeuropeo preflexional los tipos P/P ni el \emptyset / \emptyset . Y lo es que sobre el modelo monosilábico antiguo se estableció la ley del equilibrio silábico, por la cual al \emptyset antesonántico respondía un P postsonántico, y viceversa. Por ej., **leik^a* (P/ \emptyset) pierde la vocal ante *-eH* y el total es \emptyset /P (gr. $\xi\lambda\iota\pi\eta\nu$, lit. *likaũ*). P/P proviene de una época en que ese juego ya no funciona regularmente; se refiere a raíces alargadas, caso siempre con morfológización. Ocurre, por ejemplo, en formas temáticas **bhero-*, **bhor-*, verbales y nominales. \emptyset / \emptyset proviene, pensamos, de una época flexional en que el sistema del equilibrio silábico seguía, al menos en parte, subsistiendo. No hay \emptyset / \emptyset , en raíces antiguas o alargadas, más que dentro de la nueva morfología del nuevo Indoeuropeo: cf., por ej., ai. *dāru-*/Gen. *drūnas*. Ni, por tanto, \emptyset en raíces del tipo (C)-V-C.

IV

Las palabras de la clase nominal-verbal cuya estructura formal monosilábica hemos descrito podían funcionar, según hemos dicho, ya como verbos, ya como nombres; también como adjetivos, es decir,

como nombres determinantes de nombres, pero esto lo estudiaremos al hablar de la formalización de las relaciones entre palabras.

Es posible la existencia de un verbo no flexivo idéntico al nombre en la forma, distinguible de él solamente por hechos externos a la palabra. Pero hemos de plantearnos el problema de si la distinción formal verbo/nombre existía en Indoeuropeo, lograda con ayuda de morfemas no flexivos, como luego se logró principalmente con ayuda de los flexivos. Estudiamos primero la distribución (prescindiendo del orden de palabras) y otros datos y luego los morfemas (incluyendo aquél).

No todos los hechos son claros, ni mucho menos, a efectos de distribución, pero muchos sí. Los pronombres de 1.^a y 2.^a persona **eg* y **tu* (con variantes) definían claramente como verbo a una forma ambigua vecina. La presencia de un nombre de la subclase de los animados junto a una forma ambigua definía indudablemente a ésta como verbo, mientras que una tercera forma (y más si pertenecía al grupo de los inanimados, que no pueden funcionar como sujeto) quedaba definida como complemento. Hay casos especiales de uso vocativo o imperativo (impresivo, en suma) que eran definidos, entre otras cosas, por la entonación y las junturas. Una vez definido el grupo nombre-verbo, una tercera forma puede funcionar como adjetivo, y también los grupos con acento único, futuros compuestos. Es clarísimo que el significado de las raíces, aun cuando siguen siendo nominal-verbales, hace que en una determinada frase queden definidas como nombres o como verbos. Por otro lado, el contexto extraverbal era también decisivo a este respecto: la situación y también el gesto, la entonación que acompañan a la pronunciación de la palabra en determinadas circunstancias.

De otra parte, los datos referentes a los tipos de oraciones daban luz sobre si había que esperar un verbo: es bien claro para la interrogación, que lleva una entonación especial; la existencia del tipo de las oraciones nominales evitaba buscar un verbo, innecesario, en algunas ocasiones. Y, finalmente, la presencia de determinados adverbios, sobre todo locales y temporales, debía de servir de indicio para la desambiguación del verbo.

Pero, de todas formas, resulta altamente verosímil que desde la mayor antigüedad se tendiera a lograr una diferencia formal entre

nombre y verbo. En realidad, el hecho de que los morfemas verbales y los nominales de fecha posterior fueran en gran parte diferentes prueba que se tendió a generalizar alargamientos diferentes del nombre y el verbo, es decir, a formalizarlos. Sin embargo, la primera formalización debió de ser lexical: es decir, una raíz nominal-verbal debió de quedar reducida al uso nominal, a veces. Piénsese, por ejemplo, en nombres de animales como los del perro (**kuon*), caballo (**ek**), lobo (**ul̥k**), etc., en el de la tierra (**ghom* y variantes), los de partes del cuerpo (**ped* 'pie', **kerH* 'cabeza'), etc. Del mismo modo, la oposición de las subclases nominales de animados e inanimados no se marcaba sólo por el hecho de ser susceptibles o no de funcionar como sujeto, sino también, a veces, por diferencias léxicas: **egni*/**pūr*, por ejemplo, son 'el fuego', pero clasificado de la manera mencionada.

Pero también en las raíces que mantuvieron la ambigüedad entre nombre y verbo debieron introducirse recursos formales que diferenciarian ambas clases. Hemos visto que existe una alternancia entre los tipos 2 y 3, esto es, \emptyset/P y P/\emptyset , al menos en ciertas raíces. Si se logra demostrar que alguno de estos tipos responde a una función propiamente verbal o propiamente nominal, entonces hemos encontrado una clave para la distinción nombre-verbo en Indoeuropeo preflexional. Y, efectivamente, si bien es cierto que dicha oposición responde a veces a hechos de la morfología posterior, en época en que la raíz iba seguida de alargamientos o sufijos que provocaban determinados grados de la misma (sobre modelo antiguo, por lo demás), su origen está en la época en que la raíz funcionaba como palabra monosilábica. Pensamos que el tipo P/\emptyset puede ser nominal o verbal, pero que el \emptyset/P corresponde, en unión de su acentuación propia, a la función del nombre que determina a otro: luego hablaremos de ello. Por tanto, hay al menos una vía para distinguir nombre y verbo.

Otra está en un hecho no mencionado hasta ahora. Prescindiendo del grado vocálico alargado, que es solidario con hechos morfológicos posteriores y creado simultáneamente con ellos sobre el modelo de la fonologización de la oposición de cantidades en la oposición de vocal y vocal + H, llega al más antiguo Indoeuropeo una oposición de grados vocálicos en que, al menos en algunos casos, *e* es propio del verbo y *o* propio del nombre. Es el tipo **bhor* 'ladrón' / **bher*

'llevar' en flexión atemática, el **demō* / **domos* (de **dem*/**dom*) en temática; se repite en otros casos, por ej., lat. *tego*/*toga*.

Nuestra reconstrucción consiste en proponer que *e* y *o* eran en el principio simples fonemas como los demás: hay raíces con sólo *e* y otras con sólo *o*. Así tenemos raíces con sólo *o* tales como **od* 'oler', **oid* 'hincharse', **konk* 'vacilar', **log* 'vara', **bhog* 'estómago'. Ahora bien, es lo más frecuente que las raíces con *o* sean exclusivamente nominales: lo vemos en palabras como **kuon* 'perro' **konkh* 'concha', en formas alargadas como **orghī* 'testículo', **ghosti* 'huésped'. Pensamos que de aquí puede venir una morfologización que opone *e* como característica del verbo a *o* como característica del nombre; lo cual se ve fácilmente que es un reparto secundario, pues otras veces se vacila entre las dos vocales en palabras como **ped* o **pod* 'el pie', **gonu* o **genu* 'la rodilla', etc.

De este modo un simple fonema ha sido utilizado para oponer palabras (a veces con reparto dialectal reciente) o para oponer nombres y verbos; luego, en Indoeuropeo posterior, para oponer diversos temas verbales o distintos casos del nombre.

También el acento debió de contribuir a distinguir el verbo del nombre. Naturalmente, su desplazamiento en el curso de la flexión de los verbos atemáticos, así como en los distintos temas de un mismo verbo, no debe proyectarse a la época preflexional; pero sí la eventual aparición del verbo como átono, sobre todo enclítico, tras preverbio y también tras nombre. Como se sabe, esto es lo normal en védico en oración principal y de ello hay huella en griego en φημί y εἶμι. El verbo tónico en posición inicial, como ocurre con los dos verbos griegos mencionados, debía de ser un elemento de relieve estilístico. Naturalmente, la enclisis del verbo va en conexión con el orden de palabras; debemos proyectar al Indoeuropeo ⁶ construcciones del tipo véd. *Agnīm īle*, gr. Μῆνιν ἄειδε, het. *nu har-ši-har-ši u-da-aš* «ahora una tormenta (ella) se levantó», lat. *animum aduertit* > *animaduertit*, en el que el segundo término queda definido como verbo. En los compuestos de rección verbal este orden es el habitual (gr. ἀρχέκλακος representa un orden invertido, estilístico). Naturalmente,

⁶ Cf. W. P. Lehmann, «Proto-indo-european Compounds in relation to other Proto-indo-european syntactic Patterns», *Acta Linguistica Hafnensia*, 12, 1969, páginas 1-20.

del mismo modo hay que proyectar al Indoeuropeo preflexional tipos como gr. οἷ φημι, lat. **ne uolo > nolo*, ai. *prá bharati*, gr. πάρειμι (origen de la regla de retrotracción del acento), r. *výnesti* 'sacar', etcétera. Esta era, parece, la acentuación normal, invertida a veces. La atonía del verbo es, por lo demás, un caso especial de la atonía y posición en segundo término del determinado: es una clave más, pero es insuficiente como clave única, pues también se encuentran nombres átonos, cf. infra p. 76.

V

La escisión de las raíces nominal-verbales en nombres y verbos, aparte de que no sabemos hasta qué punto alcanzó una expresión formal, no agota todas las posibilidades de empleo de estas raíces. El nombre puede usarse como adjetivo, en cuanto determinante del nombre, y ello se marcó también formalmente mediante recursos que hemos de estudiar más detenidamente. Otras veces, por el contrario, las raíces que estamos estudiando se mantuvieron sin flexión y, además, sin función de nombre (adjetivo) ni adverbio. Ciertos adverbios y partículas (así como preverbios y preposiciones salidos de ellos) proceden, efectivamente, de estas mismas raíces, a veces provistas de los mismos alargamientos que en otras ocasiones se convirtieron en morfemas marcadores de flexión. Ciertamente, no es fácil el problema de distinguir este caso de la conversión secundaria de formas flexionadas en adverbios. Pensamos que debe reconocerse en, por ejemplo, la raíz **perH^u₃* 'sobre, más allá', de la que salen nombres como gr. πόρος 'paso', ai. *párvan-* 'articulación', lat. *portus* y verbos como gót. *farán*, pero también formas adverbiales diversas, algunas con una *-i* analógica de otras raíces. Por ejemplo:

**per*: gr. κάπερ, lat. *per* (*parumper*, *permagnus*), gót. *faír-*, lit. *per*, aegl. *pre*.

**pr*: gr. παρ, παρά, lat. *por-*, gót. *faúr*, ai. *pr̥ṣṭhám* 'cumbre'.

**peri*: ai. *pári*, gr. περί, cf. alat. *pri-*, galo *are-* < *p^ori*.

**prai*: lat. *prae*, aegl. *pri* 'junto a', lit. *priē* 'id'.

**prō*, **pro*: gr. πρῶ, lit. *prō*, aegl. *pra-*; gr. προ, lat. *pro*, gót.

fra-, aegl. *pro*, air. *ro-*. De ahí *proti*, *preti*: ai. *práti*, gr. πρότι, lat. *pretium*.

**p^orō*: ai. *purā*, gót. *faúra*, het. quizá *para* 'de'.

**pros*, **pres*: gr. πρόσ; gr. πρόσ-βυς 'viejo' 'que va delante (en edad)', gót. *fris-ahts* 'imagen'.

**poros*, **poron*: ai. *purás*, gr. πάρος (mic. *paro*), het. *piran* 'delante'.

Es imposible concretar cuáles de estas formas alargadas remontan al más antiguo Indoeuropeo, a época preflexional, ni cuál era el sentido preciso que tenían en él. Las diversas lenguas han innovado ampliamente en forma y significado. Pero resulta claro que las mismas raíces que funcionaban como nombres o verbos podían tener al propio tiempo un uso adverbial, de determinación local y temporal fundamentalmente, determinando toda la frase o, sobre todo y principalmente, el verbo. Sobre esto volveremos.

Sin embargo, la mayor parte de las formas adverbiales posteriores, procedentes del más antiguo Indoeuropeo, remontan a otra serie de raíces (palabras-raíces) de características muy diferentes, que además de esa función tenían también la pronominal. Nos referimos a adverbios o partículas como **nu* 'y' (cf. het. *nu*), 'ahora' (cf. ai. *nú*, gr. νυ, νῦν, lat. *nu-*, *nunc*, etc.); **k^e* 'y' (ai. *ca*, gr. τε, lat. *-que*, gót. *-h*; con valor intensivo en lat. *quisque*, gr. mic. *ekeke* 'tiene'); **uē* 'o' (ai. *vā*, gr. ἤΐ, lat. *ue-*, toc. B *wa-t*); etc. A continuación damos algunas especificaciones sobre cómo habría que concebir, en nuestra opinión, el funcionamiento de esta segunda serie de raíces, las pronominal-adverbiales, en Indoeuropeo preflexional y sobre sus características morfológicas.

Mientras que toda la morfología que arranca de las raíces nominal-verbales está dominada por el principio de que una raíz es alargable mediante sufijos y desinencias que no son autónomos, esta dicotomía entre raíz y elementos derivativos no existe aquí: cualquiera de las raíces pronominal-adverbiales puede funcionar ya como raíz, ya como alargamiento de raíz; la única excepción es de fecha posterior, hechos de la declinación pronominal analógicos de la nominal y adjetival. Lo más parecido en la serie de raíces nominal-verbales está constituido por los hechos de reduplicación: una raíz

se repite para dar mayor intensidad a su significado (lat. *gurges*, *murmurare*, etc.); y por la composición de palabras, en que una modifica a otra. Pero falta el sistematismo con que cualquier elemento de la serie pronominal-adverbial ya es ampliado por otro (así, gr. ἐκεῖνος de *κεε-ενος), ya amplía a otro (lat. *hic* < **ho-i-ce*), ya es independiente (lat. *ecce*).

La comprobación de la presencia de los mismos elementos (actuando ya como raíces, ya como derivación) en pronombres y adverbios, siendo los primeros, en su estadio flexional, un producto claramente secundario, lleva a ver el significado fundamental de toda esta serie precisamente en el conservado en los adverbios: local predominantemente, a veces temporal o modal-instrumental. Hay un concepto que subsume todos estos, llevándonos hasta lo más profundo del sistema: se trata de elementos deícticos, no de signos puramente verbales. Son localizadores, predominantemente en el espacio, secundariamente en el tiempo y en lo conceptual; algo en lo que se apoyaba la expresión verbal de las raíces nominal-verbales de la serie anteriormente estudiada.

A diferencia de lo que ocurría en aquélla, aquí podemos encontrar elementos potencialmente y a veces factualmente disilábicos: cada una de estas raíces es del tipo V-C-V, siendo la vocal básica *e*: tipo *eke*, *eie*, *eme*, *eue*, etc. No hay huella alguna de alternancias vocálicas significativas; sí es claro que las forman podían ser átonas o tónicas, según su relevancia o énfasis, propiedad que han conservado los pronombres personales en varias lenguas, mientras que los adverbios y partículas se han fijado ya muchas veces como tónicos o como átonos. Pero hay otros rasgos importantes que conviene señalar:

a) La *e*- inicial puede faltar: cf. gr. κεῖνος / ἐκεῖνος, con formas paralelas en varias lenguas; gr. ἐμέ / με, también con formas paralelas; posiblemente la forma **ke*, **me* era átona, cf. gr. γε, gót. -*k* en *mik*, gr. με, las partículas citadas arriba. Pero también podía faltar la *-e* final: así, en una forma **eg*, **ek* del pronombre personal de 1.ª, en numerosas formas aglutinadas como lat. *ipse* < *is-p-se* y como las con *-i*, *-u* que mencionamos a continuación, o pasadas a una flexión regular como **s-os*, **s-ā*, **to-d*, que nos hacen ver que la raíz pronominal-verbal puede quedar reducida a una simple consonante.

b) Muy principalmente son empleadas como alargamiento *-i*, *-u*, ante los cuales, como queda dicho, no aparece, en el tipo más antiguo, ninguna vocal. Ejemplos:

ene: hay **eni* (gr. ἐνι, lat. *enim*), *ni* (gr. νι), *nu* (cf. supra).
eke: hay **ki* y demostrativos del apers. (Ac. sg. *-šim*) y lit. (*šis*), gót. (*hina* 'hunc'), en el posesivo *-ši* del het. y en una partícula bien testimoniada.

eme: hay **mi* en gr. μιν, het. *-mi* 'mío'; **emu* en ai. *amu-* (en la flexión de *asaú*), het. *-mu* (Ac.-Dat. del personal de 1.^a).

ete: hay **te* en el personal de 2.^a y en un alargamiento (gr. εἶτε), *tu* en el mismo pronombre y también como partícula (en ai.), **ti* en el adv. ai. *iti* 'así' y en el personal de 2.^a (lit. *ti*, Ac. sg. átono) o posesivo también de 2.^a (het. *-ti* 'tuyo'). Hay formas tematizadas con sólo **t-* (Ac. sg. *tóm* 'a él' en varias lenguas).

Estas vocales *-i* y *-u*, la primera dando temas **ti*, **k^ui*, **mi*, etc., variamente utilizados, la segunda siendo esencial para la creación del personal de 2.^a *tu*, pero presente también en el de 1.^a y en otras ocasiones, son en definitiva formas reducidas de *eje*, *eue*. Es decir, se encuentran también en lo que llamaríamos función radical, como ya lo hemos visto para *eke* y otras.

Concretamente, **eje* forma la base del demostrativo ai. *ayám* y sus formas correspondientes en otras lenguas, siendo el relativo *jo*, probablemente, una tematización del mismo; **eue* está en av. *ava*, aegl. *ove* 'aquél'. Pero *i* también es base de adverbios (ai. *iti*) o lo es él solo (gr. εἰ, hecho conjunción); *u* aparece alargado como base de adverbios (ai. *úd* 'hacia arriba', *úpa* 'de abajo', etc.) y también es la base del personal het. de 1.^a *uk*, *ugga*, mientras que en otras ocasiones se sufixa (*mu* citado antes y formas tónicas como Ac. *ammuk*).

Hay que notar que el gran desarrollo de *-i*, *-u* ha llevado a utilizarlos como desinencias en el tipo nominal-verbal: *-i* está en las desinencias primarias, pero antes se añadía directamente a la raíz (het. *daḥhi*); *-u* se añade en imperativo en het. y ai. Otras veces, al contrario, sirven de base a una derivación del tipo nominal-verbal: en ai. hay *itara-* 'el otro', como en lat. hay *citra*, *citerior* (de *eke*).

Esta vitalidad de *i*, *u* ha hecho que a partir de un momento dado se añadan a las formas temáticas sin alterarlas: lat. *hic* < **ho-i-ce*, gr. οἷτος < **so-u*.

c) Hay que notar que la serie de elementos deícticos que estamos estudiando con el nombre de raíces pronominal-adverbiales —no del todo exacto porque los conceptos de «raíz», «pronombre» y «adverbios» responden a clasificaciones posteriores— tienen rasgos fonéticos diferenciales. La cantidad fluctuaba, así en **nǎ*, **tǎ*, etc., eligiendo luego las lenguas o clasificándose las formas de una misma lengua: sin duda en principio intervenían factores expresivos, lo que se ha conservado a veces (gr. *υο*, átono, frente a *υου*). Había posibles geminaciones, hemos citado lat. *ecce*, het. *ugga* junto a *uk*, también esto con finalidad expresiva: es un fenómeno que tampoco falta en la serie nominal-verbal. Sobre todo, se notan vacilaciones en la definición del consonantismo. En el pronombre de 1.ª sg., por ej., las distintas lenguas presentan formas que nos hacen remontar ya a *g*, ya a *k*, ya a *gh* (gr. ἐγώ, lat. *ego* / lit. *èš* / ai. *ahám*, aesl. *azp*); paralelamente, hay las partículas **ge* y **ce*. Es más, incluso hay vacilaciones en el vocalismo: se encuentran junto a *e* huellas de *a*, que pertenece a un tipo expresivo: hay en lit. 1.ª sg. *àš* junto a *èš*, hay la partícula gr. γα junto a γε, etc.

Todos estos rasgos unen sin duda ninguna a los pronombres a los adverbios y partículas. Dentro de los primeros, es sabido que para la tercera persona no hay un pronombre personal indoeuropeo: sólo un reflexivo. Sí los hay para la 1.ª y 2.ª, aunque con múltiples variantes entre las lenguas, y resulta evidente que debieron de crearse con el mismo procedimiento con el cual se creó en fecha posterior el personal de tercera: a base de los demostrativos, que a su vez tienen una relación innegable con los adverbios deícticos. Los demostrativos en función de nombres o adjetivos deben concebirse, efectivamente, como asimilados a la clase nominal a que hacen referencia cuando su deixis, en vez de dirigirse al mundo exterior, extraverbal, se refiere a un punto dado de la cadena hablada para evitar su repetición. Cuando en español vulgar se dice «aquí» en vez de «este señor» se repite el mismo fenómeno. Pues bien, el hecho es que en fecha muy antigua ha tenido lugar el fenómeno por el cual un adverbio o pronombre deíctico o demostrativo ha pasado a significar

'yo' y otro 'tú'. Esto se prueba por las innegables conexiones que existen entre los personales mencionados (y el reflexivo), de un lado, y los adverbios y demostrativos, de otro: en raíces, procedimientos formativos, fonética, etc. A veces hay coincidencias asombrosas: tal la forma *amu-* que en ai. interviene en la flexión del demostrativo *asaú* y en het. en la del personal de 1.^a; o **smes* y variantes, que en het. es raíz del personal de 2.^a en pl. (Nom. *šumeš* / Ac. = Dat. *šumaš*, también al revés), del de 2.^a átona también en pl. (het. *-šmaš*, Dat.-Ac.), del refl. (het. *-šmaš*), del posesivo (het. *-šmi* 'vuestro, de ellos'); en otras lenguas, alargamiento de pronombres personales (ai. Ac. pl. *asmān*, *yusmān*, etc.); en otras aún, alargamiento de demostrativos (ai. *ásmai*, u. *esmei*, gót. *imma* 'a este'). Se trata de un simple conglomerado de las raíces **ese* y **me*: la adscripción a la 1.^a ó 2.^a persona es completamente secundaria.

También es secundaria, evidentemente, toda la flexión de los pronombres. Por ejemplo, es significativo que a la oposición **tu/*te* del Indoeuropeo en general para marcar Nom./Acus. responda en het. **te/*tu* (*zik/tuk*); **tu* es también acusativo en gr. dorio. Y es secundaria la clasificación de los demostrativos en tres deixis, pues se ve muy claramente, comparando las distintas lenguas, que este sistema de las tres deixis de 1.^a, 2.^a y 3.^a persona no sólo no es general sino que, allí donde se implantó, operó con elementos que en cada lengua tomaron un sentido diferente: no hay series antiguas para cada deixis ni en los demostrativos, ni, naturalmente, en los adverbios que les sirven de base.

Dicho esto es ya posible avanzar algunas ideas sobre el funcionamiento de las raíces (elementos, sería mejor decir) pronominal-adverbiales en el Indoeuropeo preflexional. Dado que el verbo no tenía persona y que los pronombres personales de 1.^a y 2.^a son antiguos, incluso los de 1.^a y 2.^a pl., que tal vez fueran el germen primero de la categoría del número, resulta claro que resultaban indispensables como marca única de la persona cuando el contexto más amplio no era suficiente para ello. Esta marca era innecesaria para la 3.^a porque el nombre sujeto era suficiente; otras veces había un uso impersonal. En definitiva, el verbo podía o no llevar sujeto o llevar un nombre o llevar el pronombre de 1.^a ó 2.^a y así se definían la persona o no persona del verbo. Cuando el verbo llegó, todavía antes de la

escisión del Anatolio, a un sistema de tres personas y dos números, es claro que los personales de 1.^a y 2.^a quedaron reducidos a elementos redundantes, enfáticos: esta es su función ya en las más antiguas lenguas testimoniadas documentalmente, y todavía lo es, por ejemplo, en español.

La conversión, a veces, de un demostrativo en pronombre de 3.^a es a todas luces un hecho secundario, promovido por el paralelismo de las otras personas, y también muchas innovaciones de los demás pronombres. Aquí queremos apuntar solamente una: la clasificación de los demostrativos y, con frecuencia también, de los adverbios, en tres deixis. Pensamos que este fenómeno es una derivación de la existencia de tres personas en el verbo; diferenciación que a su vez es un hecho de morfologización de determinados alargamientos, cuyo punto de arranque está en la oposición antigua entre verbo con pronombre de 1.^a, de 2.^a y con nombre como sujetos.

Con esto hemos visto una de las principales funciones, que hay que hacer remontar al Indoeuropeo preflexional, de las raíces pronominal-verbales: marcar la 1.^a y 2.^a persona en cuanto sujeto, mediante una forma tónica a la que sin duda seguía el verbo átono; pero también la marcaba sin duda como objeto, mediante formas tónicas o átonas, éstas sin duda enclíticas. Hay que hacer notar que la flexión pronominal deja traslucir un estadio en que el caso sujeto se oponía a otro caso general objeto, luego escindido en los propios de la flexión nominal sobre el modelo de ésta. La oposición casual es en el pronombre personal más resistente que en ningún otro lugar y es también, sin duda, más arcaica: se crea oponiendo raíces muy variamente, no con el sistematismo del nombre. Hay motivos para pensar que cuando en el nombre se opusieron Nom. y Acus. a partir de la existencia de nombres inanimados que no podían ser sujeto (cf. infra), se creó un sistema que operaba con la analogía de lo que sucedía en los pronombres personales; si bien luego, como decimos, la más perfecta sistematización de los casos en el nombre, proceso del que pensamos ocuparnos en otro lugar, revertió en los pronombres.

Pero no era esta, indudablemente, la única función de las raíces pronominal-adverbiales, sino sólo una muy especializada. En términos generales hay que decir que estas raíces, de origen deíctico, si-

tuaban localmente (y luego temporalmente y en forma figurada) la acción del verbo e incluso toda la oración. Equivalían, por decirlo así, de un lado a los adverbios posteriores, incluidos preverbios y preposiciones, pero de otro lado, a categorías posteriores de lugar y tiempo, incluso a categorías modales. La *-i* que marca el tiempo presente en el verbo posterior no es sino un recuerdo de este uso; la *-u* de ciertos imperativos, también.

Vemos cómo, pese a la falta de flexión, con ayuda de estos elementos, de un lado, y de las clases y subclases de palabras nominal-verbales, de otro, se podían marcar categorías y funciones de persona, tiempo, voz, relación sujeto-verbo y verbo-complemento. La distinción formal de las dos clases de palabras del Indoeuropeo preflexional era un factor importante.

Convendría también apuntar la existencia de la que llamaríamos tercera clase de palabras: los numerales, al menos el sistema que lleva de dos a diez con palabras indeclinables; también hay 'ciento'. La estructura de la raíz es en principio del tipo nominal-verbal, pero existen ciertas aglutinaciones antiguas y hay una especialización de significado muy clara. Aunque el hitita ofrece escasos datos sobre los numerales, resulta claro el carácter arcaico de estas palabras, incluso las que luego se flexionan. **DueH^u*₃ > *duōu/duō* suministró el modelo, con su significado 'dos', al posterior dual: hay que concebirlo como preflexivo, igual que **okteH^u*₃ 'ocho' > *oktōu/oktō*. **Trei* 'tres' debe de ser anterior a **trejes* y es especialmente arcaico por su estructura (abierta en *-ei*, no *-eH¹*). Son notables las formas alargadas *k^het-*u*or* 'cuatro', **penk^ue* 'cinco' (sin duda con una partícula), **s(*u*)ek-s* 'seis' (con *u* enfática, sin duda), **sept^hη* 'siete', el propio **okteH^u*₃, **(e)ne^hη* 'nueve', **dek^m* 'diez'; **dk^hntom* 'ciento' está ya tematizado. Puede verse que junto al tipo nominal-verbal en los numerales entra también el pronominal-adverbial: es seguramente un producto evolucionado de uno y otro. En todo caso, su función era fundamental: hacía innecesaria la categoría del número cuando quería marcarse claramente éste, en otros casos habría indefinición numérica o la pluralización se lograría empleando como sujetos raíces con el significado 'uno solo, el mismo', o bien 'poco' 'muchos', raíces que conocemos bien y que pertenecían al grupo de las nominal-verbales.

VI

Conviene que veamos ahora la manera cómo una palabra era determinada por otra, sobre la que hemos adelantado cosas al hablar de la relación nombre-verbo.

La clave consiste en que en el Indoeuropeo preflexional debió de haber una situación diferente por lo que respecta al verbo y lo que respecta al nombre. El verbo podía tener, igual que el nombre, un número indefinido de determinantes: pero los nombres determinantes del nombre eran considerados como pertenecientes todos a un tipo único de determinación, aquel del que en época posterior nacieron, de una parte, el Genitivo, y de otra, el adjetivo; mientras que los nombres determinantes del verbo, los actantes, eran clasificados en dos tipos, el sujeto y el objeto. Comencemos por este último punto.

Todos los nombres del indoeuropeo preflexional eran temas puros, en la fase más antigua raíces puras. Situados en la frase podían interpretarse como referidos a toda ella o bien como referidos especialmente a un verbo. Aparte está una función especial que hay que hacer remontar, desde luego, al Indoeuropeo preflexional: el posterior vocativo, esto es, el uso impresivo de un nombre, marcado, a juzgar por los hechos posteriores, por una intensidad especial, una juntura especialmente fuerte y un desplazamiento del acento a la sílaba inicial (cf. gr. *πάτερ* frente a *πατήρ*, *γύνα* frente a *γυνή*). Pues bien, la medida en que uno de estos nombres era considerado como determinante del verbo o bien de toda la frase debía de ser fluctuante. El momento más antiguo de la organización de la flexión nominal es, según creemos, aquel en que se marca formalmente, por morfologización de un alargamiento *-m* e *-om*, un Acusativo complemento frente a un Nominativo sujeto, marcado por *-s* o por \emptyset . Luego, las raíces puras usadas en conexión más laxa con el verbo, algunas provistas secundariamente de desinencias, fueron convirtiéndose en casos, y en cierta medida disminuyeron el campo significativo del antiguo Acusativo o lo escindieron polarizándolo en varios sentidos.

Pues bien, prescindiendo ahora de esas otras palabras-raíces, la prueba de que la morfologización de la oposición Nominativo/Acusa-

tivo se basa en un estadio antiguo del Indoeuropeo en que se consideraba la existencia de una doble determinación del verbo, es que ciertos nombres eran incapaces de funcionar como Nominativos (y también como Vocativos): son los nombres inanimados. En cambio, todo nombre podía funcionar como complemento. Todo esto se deduce fácilmente del estudio de la morfología de los futuros neutros. Si en Acusativo un neutro es parcialmente idéntico a los demás Acusativos (*templum* igual que *dominum*, con *-m*), pero otras veces es un tema puro, ello se debe sin duda a que esas palabras no eran capaces de funcionar como sujetos: por ello no fue necesario extender la *-m* al Acusativo de todas ellas para distinguirlo de un Nominativo marcado con *-s* o \emptyset : es decir, en los animados había, por ej., **pHtér-ŋ* frente a **pHtér* (que luego se alargó en **pHtēr*), pero era normal un Ac. **médhu*, porque no había un Nom. **medhu* (ni **médhus*) de esta palabra. En suma, si en la fase más antigua una raíz tenía las variantes Raíz/Raíz + *s*/Raíz + *m*, en los animados se generalizó Raíz + *m* en el Acusativo frente a un Nom. con *-s* o \emptyset (el reparto se hizo por temas, no eran alomorfos libres ya); en los inanimados en el Acusativo se mantuvo la alternativa *-m*/ \emptyset (aunque distribuidos también por temas) ante la inexistencia del Nominativo. Cuando éste se creó, se extendió la forma del Acusativo. De ahí la anomalía de que sólo aquí haya una *-m*, procedente del Acusativo, y de que no haya forma alguna de Nominativo con *-s*, que es lo normal en los animados de ciertos temas y lo único en el plural de todos.

En resumen: sólo como un hecho secundario puede concebirse el Nominativo de los inanimados, al menos junto a los verbos de acción; sólo como un hecho secundario puede concebirse el Vocativo de los mismos. Por tanto, si había palabras que podían desempeñar algunas de las funciones del nombre, pero no otras, eso quiere decir que había varias funciones.

De la de Vocativo, que no es propiamente adverbial, no vamos a hablar: basta simplemente con indicarla, aludiendo al tiempo a la existencia, igualmente, de una función igualmente impresiva del verbo, el imperativo, y también, de interjecciones.

Las funciones de Nominativo y Acusativo hemos visto que en los pronombres personales de 1.^a y 2.^a (únicos existentes) estaban marcadas por formas diferentes; también había, posiblemente, formas es-

peciales de los mismos pronombres en plural. En los nombres estaban menos claramente marcadas. Todos eran susceptibles de funcionar como complementos, según hemos dicho: la diferencia a este respecto, puramente formal, entre animados e inanimados de ciertos temas, de que hemos hablado, hay que suponerla secundaria. Pero no todos funcionaban como sujetos. Y a veces había una forma animada y otra inanimada, como para el 'fuego', según hemos observado arriba: se trataba de dos concepciones diferentes del mismo elemento.

Ahora bien, el hecho de que hubiera dos funciones diferentes hacía que los nombres que eran susceptibles de llevar ambas, los animados, tendieran a adquirir alguna marca formal que denotara si iban empleados, en un contexto dado, en la una o la otra. Esta tendencia llevó a la larga, evidentemente, a la creación de marcas flexionales de Nom. y Acus. Pero antes de llegarse a ello se pudieron utilizar otros recursos: a ellos hemos aludido antes. Es de suponer que existiera un sistema más matizado que el por nosotros descrito: nosotros mismos hemos hablado de variantes estilísticas. Pero el sistema central hemos indicado que consistía probablemente en el orden de palabras nombre tónico-verbo átono, indicando la relación complemento-verbo. Queda la duda de la marca del sujeto. Ciertamente, en verbos impersonales, en usos impresivos (posterior imperativo), allí donde contextualmente era innecesario, faltaba. Cuando existía por fuerza había de seguirse el orden complemento-verbo-sujeto o el complemento-sujeto-verbo. Con el pronombre personal sujeto, al menos, parece necesario admitir que éste precedía al verbo, siendo tónico, salvo si la oración llevaba simultáneamente complemento, en cuyo caso parece esperable que el sujeto siguiera al grupo complemento-verbo, que es habitual. Es posible que hubiera un sistema de reglas más complejo, que de momento no podemos desentrañar. Insistimos, por otra parte, en que es antiguo un tipo impersonal, sin sujeto.

No hay huella, en cambio, de una interpretación doble de las determinaciones del nombre por el nombre. Hay una uniformidad muy grande en la forma del único caso que continuó, en las lenguas históricas y salvo hechos secundarios, esa relación: el Genitivo. Ello es indicio, sin duda, de que desde el Indoeuropeo preflexional se sentía

la existencia de un tipo único de relación: conviene, si ello es así, tratar de averiguar cómo se marcaría formalmente.

El punto de partida está en el hecho de que el Gen. sg. se marca sistemáticamente con *-s* (*-es*, *-os*) en sg. y con *-ōm*, *-ēm* en pl., siendo así que consta claramente que este reparto es secundario, pues en hetita normalmente no hay distinción de números en el Gen., marcándose con *-aš* o con *-an*: esta forma, más rara, se emplea de preferencia en el plural. Esto ha de interpretarse simplemente en el sentido de que un nombre determinante podía ir con raíz pura o alargada con *-s* o *-m*, habiéndose tendido a generalizar la forma alargada, especializada secundariamente en una forma de sg. y otra de pl.: si junto al verbo el reparto ha sido otro y *-s* y *-m* se han especializado, respectivamente, como desinencias de Nom. y Acus., ello es debido precisamente a que existían dos funciones distintas que determinaban el verbo, pero sólo una que determinaba el nombre.

En suma, da la impresión de que desde el Indoeuropeo preflexional se tendía a preferir las formas alargadas con *-s*, *-m* (y, sobre todo, con *-e/os*, *-e/om*) cuando el nombre determinaba a un nombre o a un verbo. Los Gen. sg. con *-ī* del lat. y celta apuntan en otra dirección, pero son un fenómeno secundario, llevan una forma aglutinada **iH* que indica igualmente relación y que otras veces se especializó para notar el sexo femenino (ai. *vrkī* 'la loba', como animal relacionado con el lobo **u̯lkʷ*, luego **u̯lkʷos*). Pero es notable que para el Nom. y Acus. se prefiere generalmente *-s* y *-m* y para el Gen. *-e/os* y *-e/om*: esto puede referirse a un uso arcaico y más si se piensa que todo el Indoeuropeo testimonia a favor de un antiguo acento del Gen. en la sílaba final. En principio tendríamos, pues, para una raíz una tendencia a esta especialización: el P/Ø con acento en la primera sílaba marcaría funciones de sujeto (con *-s*) o complemento (con *-m*); el Ø/P con acento en la segunda, funciones de determinante del nombre (Genitivo). Naturalmente, esto ocurriría también cuando *-s* y *-m* no son ya meros alargamientos, sino desinencias añadidas a todo tipo de raíces; y junto a estas formas se habrían conservado las raíces no alargadas. Así, una acentuación y un vocalismo (salvo el alargamiento del Nom. sg., que es posterior) como los de Nom. **kuōn*/ Ac. **kuón-m*/ Gen. **kunós*, reconstruido sobre el ai., gr. y lit., sería antiguo; y de este modelo habría venido el de

**pHtēr/*pHtér-η/*pHtrós* y tantos otros. Si esto es verdad, hemos descubierto la función de los dos tipos opuestos de raíz P/∅ y ∅/P de que hemos hablado más arriba: nacido tal vez el segundo de una metátesis del primero, o tal vez existentes ambos desde antiguo para palabras distintas, en todo caso su utilización morfológica debió de ser la que proponemos.

Por supuesto, nuestro tratamiento no agota la problemática: son varios los tipos de acentuación en el nombre indoeuropeo. Pero se refiere sin duda al tipo más general. Lo que prueba esto es que la acentuación final es propia también, en muchos ejemplos antiguos, del adjetivo. Y el adjetivo no es más que una determinación nominal del nombre: que un nombre determina a otro puede marcarse en las lenguas indoeuropeas en general, bien por hechos de acento u orden de palabras (tipo esp. *casa Manolo*), bien por una desinencia de genitivo (lat. *domus patris*), bien por su transformación en adjetivo (lat. *domus paterna*). Concretamente, los adjetivos indoeuropeos en *-ós*, que son legión, equivalen estrictamente a un Gen.: cf. gr. *λατρός* ya como Gen. de *λατήρ*, ya como adj. (*λατρός ἀνήρ*). En realidad la creación del adjetivo es simplemente la adopción de una flexión completa por una antigua forma de nombre determinante (Genitivo), con objeto de poder llevar indicación del género y el número y de facilitar la construcción total de la frase mediante hechos de concordancia, incluido en ellos el llevar igual caso que el nombre determinado. Evidentemente, la morfología indoeuropea se encontró a partir de aquí un día con un problema grave: la existencia de un nombre en Nom. con *-s*, *-os* (marca de sujeto) homónimo con el Gen. en *-s*, *-ós* (marca de determinación nominal); y la homonimia igualmente de Nom. de nombre y adj. Esta homonimia la rompía a veces el acento; pero el paso constante del adjetivo al nombre y del nombre al adjetivo, tenía que crear una situación confusa. La formalización se llevó lo más lejos posible, también con ayuda de formas alargadas de Gen. (en *-os-īo*, por ej.); pero es bien sabido que quedó una cierta indiferencia formal, ya reflejo de la antigua, ya resultado de hechos secundarios.

Hay en primer término una larga serie de adjetivos diferenciados del nombre por llevar un sufijo tónico en *-ó*, *-tó*, *-nó*, *-iό*, etc., frente al cual se nos han conservado en ocasiones nombres en *-o*, *-no*, *-to*,

-*io*, etc., con acento en la sílaba anterior (tipo gr. φόρος / φορός, ai. *váras/varás*); los hay diferenciados por un sufijo especial, que falta en los nombres (salvo a veces en ciertos restos arcaicos), así -*é/ont*, -*mé/ont*, -*ué/ont*, -*uós/-uót*, -*i*; los hay diferenciados del nombre sólo por el acento, así en el tipo gr. ψεύδος/ψευδής/ψευδές, ai. *cétas/acetās*, *acetás* y también una serie de palabras en -*is*, -*us* que son adjetivos con acento en la final (ai. *purús*, gr. πολύς, etc.) y nombres con acento retrotraído. Todo esto parece apoyar la idea de que el acento final era de por sí una marca de nombre determinante, y ello con una cierta independencia del equilibrio silábico P/θ y θ/P en una fecha en que no sólo las raíces, sino ya diversos temas funcionaban como palabras, aunque no se flexionasen o sólo parcialmente se flexionasen. Una cierta excepción de nombres con acento final como **pHtér* (luego **pHtēr*, **p°Htēr*) no es en realidad chocante, puesto que se refiere a formas sin des. que heredan en definitiva el tipo de raíz C-V-C.

De todos modos conviene observar que el acento final del nombre determinante lo hemos ejemplificado con datos que tienen aspecto de pertenecer a una época relativamente tardía. Pues va ligado a la extensión de alargamientos que son ya casi verdaderas desinencias (-*ós*, -*óm*), a la selección de algunos sufijos como propiamente adjetivales, a la existencia de raíces muy ampliadas. Podemos considerar arcaica, ciertamente, la alternancia del tipo **pérk*/**prék*, sea cualquiera su origen, y suponer que en fecha antigua se comenzó a aprovechar el segundo tipo para marcar el nombre determinante del nombre. Pero conviene que aportemos nuevos datos sobre esta cuestión.

Los compuestos de rección verbal del tipo ai. *havr-ád-* 'que come ofrendas', gr. στρατηγός, 'que guía el ejército' confirman el acento final de los adjetivos, así como otros compuestos adjetivales como gr. δυσμενής, ai. *dur-manās* (frente al simple **ménos*). Añaden un nuevo dato: el determinante precedía al determinado, dato que coincide con el orden habitual complemento-verbo y adverbio-verbo que hemos atribuido más arriba a la fecha más antigua.

Ahora bien, así como todo marcha de perfecto acuerdo en lo relativo al orden de palabras, pues las excepciones existentes en compuestos del tipo ἀρχέκακος o en grupos verbo-complemento, verbo-

adverbio deben considerarse como un orden anómalo, usado para dar relieve a la relación de determinación cuando había otros medios para establecerla, en cambio en lo relativo al acento las cosas son mucho menos claras. Si en los compuestos adjetivales éste es final, ello se debe, sin duda, a esa caracterización del determinante por el acento final de que arriba hablábamos. Pero eso no quiere decir que en los grupos complemento-verbo o nombre-nombre de que son transformación adjetival esos compuestos, el acento hubiera de recaer habitualmente en el segundo elemento, el determinado, y precisamente en la última sílaba. Más bien parece que las cosas eran muy diferentes. Por otra parte, hay compuestos adjetivales con acento, sí, en el segundo término, pero dentro de él en la sílaba en que era normal en la palabra simple: cf. véd. *uru-kṣáya-* 'que tiene una vasta morada', *puru-priyá-* 'muy querido', *sugā-* 'fácil de atravesar'⁷. Otros compuestos adjetivales todavía, los de rección verbal de orden invertido ya citados, llevan acento en el primer término (ἀρχέκακος). Y hay aún los adjetivos posesivos, que generalizan el acento igualmente en el primero, sin duda para caracterizarse especialmente. Es decir: que ni siquiera en los compuestos adjetivales es regular el acento en la final, hay tipos arcaicos y recientes que difieren.

Podemos imaginar un sistema indoeuropeo muy arcaico, anterior a la fecha de los adjetivos con acento final, en que la determinación se marcara habitualmente con el orden determinante-determinado, como queda dicho, y respecto al acento hubiera varias posibilidades:

a) El tipo normal sería complemento tónico-verbo átono, preverbo tónico-verbo átono, preposición tónica-nombre átono, tipo del cual hemos ofrecido ejemplos; para los compuestos está continuado en el tipo véd. *candrā-mās-* lit. 'luna brillante', *vāja-pati-* lit. 'señor del botín', gr. ἀκρόπολις 'ciudad alta' 'ciudadela', gót. *hunda-faþs* 'centurión' (que presupone acento final del primer término). Pero hay que entender que el carácter tónico de un término era un elemento redundante para caracterizarlo como determinante, pues existe efectivamente el tipo que sigue.

b) Con igual orden determinante-determinado, el acento lo lleva, sin embargo, el segundo término. Así a veces en el grupo adverbio

⁷ Cf. Kuryłowicz, *Indogermanische Grammatik, II. Akzent. Ablaut*, Heidelberg, 1968, pág. 59.

(preverbo)-verbo según hemos visto, frecuentísimamente en el preposición-nombre. Hemos visto que muchos compuestos adjetivales, de rección verbal o no, llevaban acento en el segundo término: bien en la sílaba tónica normal de ese término, bien en la final (tipo este que consideramos reciente). Aquí, evidentemente, se parte de la posibilidad de acentuar el determinado; luego se llega a hacerlo sistemáticamente para caracterizar el total como adjetivo.

A este mismo tipo pertenece el grupo pronombre personal átono-verbo tónico, que debía de ser habitual en Indoeuropeo; en airl. y brit. ha producido los personales infijados entre preverbo y verbo y en otras lenguas es de todos modos el orden habitual. Sin duda, también, originariamente, el tipo pronombre personal átono-adverbio (cf. lat. *mecum*).

c) Finalmente, decíamos que puede haber inversión, yendo delante el determinado; a veces se suma la anomalía acentual (tipo ἀρχέκακος).

Puede citarse también el tipo verbo tónico-pronombre personal átono; y el adverbio tónico-pronombre personal átono, testimoniado ampliamente en celta. Pero no siempre hay anomalía acentual en este caso: hay, por ejemplo, verbo átono ante el adverbio tónico.

En suma, el acento no hacía más que prestar relieve al determinante, llamando la atención sobre él, con lo cual continuaba su función enfática que hemos visto en el caso de los pronombres personales. Pero si interesaba subrayar el determinado, podía hacerse. Y ello tanto en los casos de orden normal determinante-determinado como en los de orden invertido, cuando la relación podía establecerse de todos modos por otros procedimientos.

Claro está, la difusión del acento final en los adjetivos debió de quitar claridad al procedimiento: el acento en esa sílaba marcaba ya simplemente determinación y la atonía era ambigua. Por lo demás, desde siempre tenían que surgir problemas del hecho de que una palabra podía ser a la vez determinante de otra y determinada por una tercera. No hay que excluir tampoco que ambas palabras relacionadas pudieran acentuarse. Existía, de otra parte, el problema de distinguir acentualmente la relación verbo-complemento y la verbo-sujeto: un tipo véd. *dvéṣṭi śvaśrūs* parece marcar ésta con un orden

verbo-sujeto y con acento en ambos, pero no sabemos si esto era general; a veces había, sin duda, ambigüedad.

Toda esta situación había por fuerza de resolverse en un complejo sistema de reglas de orden de palabras y acentuación. Concretamente, la acentuación final del determinante nominal del nombre debió de ser un expediente para diferenciar el determinante nominal del nombre del determinante nominal del verbo: sin duda, a partir de casos en que una raíz del tipo **prek* actuaba efectivamente como determinante nominal del nombre. Pero es una situación inestable, que debió tender a aclararse mediante el empleo sistemático de ciertos alargamientos en la forma que hemos esbozado. En el Indoeuropeo posterior sólo quedan de ella pequeños vestigios, el mayor el acento final del Gen. y adjetivo, seguramente una innovación de una fase ya semiflexional.

VII

Con todas las limitaciones y dudas que se quiera no es imposible, en definitiva, imaginar cuál podía ser en líneas generales la estructura del Indoeuropeo preflexional en cuanto a las unidades que utiliza: las raíces nominal-verbales, en parte diferenciadas en nombre y verbos con ayuda de acento, orden de palabras y sistema de alternancias, en parte relegadas a un uso adverbial; las pronominal-adverbiales, de las que se habían deducido dos pronombres personales en dos casos y números; los numerales. Se trata de un sistema de clases de palabras bastante bien formalizado, que a su vez era usado para establecer los diversos tipos de relación entre palabras.

Pero también estos tipos de relación y sus otras marcas formales son en cierta medida precisables. La relación de determinación es doble para el verbo, simple para el nombre. Hay ciertos hechos especiales: los derivados de la existencia del pronombre personal en sus dos casos, o del hecho de la existencia de una subclase de nombres que no actúan como sujeto. Y otro general: el marcar la determinación mediante una forma tónica que precede a la átona, trátase de un nombre que determina a otro o de un nombre que determina como objeto a un verbo. Existe, además, el tipo especializado de determi-

nante del nombre con acento final, seguramente secundario. Y debía de haber muchas regulaciones más.

Otros puntos habría que añadir: uso de formas impresivas del nombre y el verbo, marcadas con junturas especiales, intensidad expiratoria, desplazamiento del acento (en el nombre). Categorización del verbo con ayuda de elementos diversos del sistema pronominal-adverbial: los personales y partículas que indican tiempo o modo. Uso de palabras de uno y otro sistema referidas a la frase toda y no a los sintagmas nominales ni verbales. Empleo de los numerales.

En definitiva, todo gira en torno a la existencia de una serie de signos monosilábicos de tipo lexical, escindidos en las clases principales del nombre y el verbo; de un sistema deíctico marginal, utilizado para introducir una cierta categorización en las clases del primero; de ciertos recursos impresivos y expresivos, y de dos procedimientos para relacionar las palabras entre sí, la expansión y la determinación, que crean sintagmas nominales y verbales. De estos sintagmas ya hemos hablado: el grupo nombre + nombre y el nombre (complemento) + verbo. Los grupos de expansión deben proyectarse al Indoeuropeo preflexional a partir de tipos arcaicos como lat. *ueni, uidi, uici*. Pero desde la fase más arcaica es claro que el sistema pronominal-adverbial ha suministrado partículas para unir internamente los grupos de expansión y distinguirlos de los de determinación: hemos citado algunas más arriba. Estas partículas, en cuanto unían nombres, unían un sintagma de una oración (cf. lat. *senatus populusque romanus*); pero en cuanto unían verbos, unían ya oraciones.

Evidentemente, se trataba de la coordinación de oraciones simples: el Indoeuropeo no llegó a la subordinación, con creación de conjunciones, hasta fecha muy posterior. Pero esto nos lleva al último punto que nos falta por atender, aunque a él se hicieron ya referencias: la formación de las oraciones simples.

Es claro que el Indoeuropeo preflexional conocía las dos clases posteriores, la oración verbal y la nominal. Con un mínimo de audacia y guiándonos de la verosimilitud podríamos afirmar que la falta de sujeto en la oración verbal (con verbos meteorológicos, de sentimiento, en usos que llamaríamos «impersonales») debía de ser frecuente: ello, entre otras cosas, porque la generalización de la oración

bimembre y el paso a la función de sujeto de los nombres inanimados (con la consiguiente ampliación de la noción de lo que es un sujeto) son dos caras de uno y el mismo fenómeno. También es postulable, aunque no demostrable, que la oración nominal no llevaba verbo copulativo. Realmente, el interés principal del uso del verbo copulativo está en que sirve de soporte para marcar el tiempo, la persona, etc.: en una fecha en que no existían esas categorías, era inútil. Por otro lado, el desarrollo posterior de la oración nominal es una imitación de la oración verbal también desde otro punto de vista: el de la atribución del caso Nominativo al sujeto y predicado nominal, la mera asimilación de ambos a la función del sujeto en la oración verbal. Naturalmente, queda el problema de decidir en qué se distinguiría formalmente la oración nominal sin verbo cópula del sintagma nombre-nombre. Es absolutamente dudoso que aquí interviniera una oposición entre forma tónica y átona, puesto que no hay determinación: el uso tónico de ambos nombres, más hechos juntu- rales y de entonación, debían de dar sin duda la clave.

En cuanto a los tipos de oraciones, no parece arriesgado suponer que las oraciones exclamativas, de mandato e interrogativas posteriores, proceden ya de esta época a más de las aseverativas, y que los recursos de entonación y de intensidad expiratoria con que se distinguen en fecha posterior arrancan fundamentalmente de ella. El orden de palabras invertido, con el verbo en cabeza, de muchas interrogativas, exclamativas y de mandato, lo cual implicaba un carácter tónico del mismo, debe igualmente retrotraerse a fecha antigua; e igual otros recursos, como la falta de sujeto en las de mandato (el tipo homérico $M\eta\nu\nu\ \acute{\alpha}\epsilon\iota\delta\epsilon, \theta\epsilon\acute{\alpha}$) y el empleo de determinadas partículas.

VIII

Cuando se comienza un trabajo de reconstrucción de la historia de un grupo de lenguas a partir de fases antiguas muy diferentes y no testimoniadas directamente, es imposible pretender que al mismo tiempo se haga una reconstrucción de aquella fase primitiva. Pedir eso antes que nada y atribuir, si no se hace, al reconstructor la ad-

misión de un caos primordial, es desconocer los métodos de trabajo y falsear todo el problema. No hay «un» estadio original, sino fases sucesivas, escindidas a veces localmente, y tampoco se pueden pedir esquemas demasiado claros de estas fases y dialectos, porque nuestras reconstrucciones a veces son parciales, se refieren a aspectos distintos del sistema de la lengua que se pueden combinar unos con otros de varias maneras. Pero, a pesar de todo, llega un momento en que el interés se centra en recorrer el camino de la lengua: establecer en definitiva sus diversas fases y, sobre todo, la más antigua.

Pese a los drásticos cambios que han hecho pasar al Indoeuropeo de una lengua monosilábica cuyos morfemas fundamentales eran orden de palabras, tono y alternancias, a otra polisilábica cuyos morfemas fundamentales eran los flexionales, ha quedado todavía bastante del antiguo sistema operante dentro del nuevo, aunque siempre con tendencia a quedar relegado y desaparecer finalmente. Podemos ver precisamente las insuficiencias y problematismos del antiguo sistema que llevaron a la creación del nuevo: creación a partir, por lo demás, del recurso de los alargamientos, que operaba en el mismo Indoeuropeo preflexional, y del uso de las raíces pronominal-adverbiales con varios fines gramaticales. Tras romper la barrera que limitaba la reconstrucción del indoeuropeo a una pálida sombra del griego y el sánscrito, resultaba el hecho de que sus principales categorías y funciones y las marcas formales de las mismas eran innovación: innovación radical que suponía, en fecha anterior, un panorama totalmente diferente. Pero innovación no radical del todo: ahora vemos que las bases del sistema nuevo no son más que desarrollos del anterior, y desarrollos que han utilizado las antiguas clases de palabras, los antiguos alargamientos, que no eran un caos confuso dentro del sistema antiguo, sino elementos integrantes de un orden, casi irreconocible dentro del nuevo. Toda una dinámica de la evolución del Indoeuropeo, dentro de cambios tipológicos sorprendentes, se abre así a nuestra vista.

FRANCISCO R. ADRADOS